

CONFERENCIA VIII

SOLIDARIDAD EN LA RESPONSABILIDAD DE LAS
IDEAS MODERNAS

1. **Acusaciones recíprocas de los representantes de las ideas modernas y su falta común.**—No hay día que no nos ofrezca las pruebas más diversas de que la generación actual, con todos los elementos que la integran, descende de Adán y Eva. Una de las más convincentes es la repetición continua del último acontecimiento de que el Paraíso terrestre fué testigo. Nuestros primeros padres quebrantaron en común el precepto de Dios; pero cuando se trató de la responsabilidad, cada parte se llamó inocente y echó la culpa á la otra. Es esta una vieja y siempre nueva historia. Cuando uno abre la Biblia por este punto, casi parece que lee en ella la exposición de la conducta que observan á veces el liberalismo y el socialismo en relación con Dios y su conciencia.

En su célebre obra sobre la democracia social, Hans Blum repite y completa la predicación persuasiva que su maestro Treitschke hacía en su tiempo á los obreros en huelga. «Para estas clases bajas—dice—hay necesidad de una religión. ¿Cómo gentes, que comprenden tan poco la evolución de las leyes de la vida moderna, podrían, sin fe religiosa, sin la fe de que lo que es más incomprensible es más seguro, obtener la paz y la dicha? Si los grandes filósofos y los grandes autores alemanes, Kant, Fichte, Schiller, no han podido vivir ni morir sin religión; si el mismo Goethe, con su amable dulzura, habla del amor de Dios á las clases más bajas; si un espíritu tan librepensador y tan audaz en sus investigaciones como Lessing, nos ofrece pa-

labras enternecedoras, llenas de piadosa humildad, ¿serían suficientemente buenos y suficientemente sabios los pobres para prescindir de la religión? Nadie rehusará jamás el título de espíritus cultivados á los llamados príncipes de nuestra literatura y de nuestra filosofía, como tampoco á los grandes fundadores de nuestro imperio alemán, Bismarck, Moltke y Guillermo I, porque se hallasen animados de sentimientos profundamente religiosos. Que estén, pues, bien convencidos los pobres de que ninguna reforma social les será tan útil como la práctica del antiguo adagio: «Trabaja y ora». El que turba la fe piadosa del hombre de baja condición, obra como un criminal con relación á la sociedad. De aquí que el odio que hay que jurar al socialismo no sea un semiodio, ni un odio condicional, sino un odio completo, sin tregua ni descanso». ⁽¹⁾ Así habla el liberalismo.

Pero el socialismo tampoco se siente embarazado, cuando se trata de hablar contra el liberalismo, como lo hemos visto ya varias veces. «¿No causa risa—dice Liebknecht—pretender que el socialismo exige la apostasía de los principios del Cristianismo? Verdad es que ha roto con éste, pero este rompimiento no es, por decirlo así, obra suya, sino más bien de la sociedad burguesa. La única diferencia consiste en que la democracia social no juega con la hipocresía como los hidalgüelos». ⁽²⁾ Gracias á la falta de sinceridad que existe en la vida ordinaria, gracias al disimulo que, como lo dice muy bien el socialismo, no está con frecuencia inspirado más que por miramientos á la señora suegra, ó á una vieja tía, á la que se espera heredar, ⁽³⁾ toda la civilización actual liberal está carcomida. ⁽⁴⁾ Apenas se la rasca un poco, cuando aparece al punto la barbarie. ⁽⁵⁾ No consiste más que en una delgada laminilla brillante aplicada á una superficie hueca, y en la investi-

(1) Blum, *Die Lügen unserer Sozialdemokratie*, 363 y sig.

(2) *Vorwärts*, 1 de Abril de 1891.

(3) Stern, *Einfluss der sozialen Zustände auf alle Zweige des Kulturlebens*, 20.

(4) Liebknecht, *Wissen ist Macht, Macht ist Wissen*, 28.—(5) *Ibid.*, 11.

gación egoísta de los goces que encubre. ⁽¹⁾ Con sus tres medios admirablemente aptos para embrutecer al pueblo, á saber, la escuela, la prensa y el pasquín, ejerce la más dañina influencia sobre toda la generación. ⁽²⁾ De aquí que sea preciso extirparla radicalmente de la sociedad que ha producido, y cuanto antes, mejor.

En realidad, la situación es la misma que antiguamente en el paraíso. Adán tenía razón en quejarse de Eva, y Eva no cometía una injusticia acusando á Adán: ambos eran igualmente culpables ante Dios. Pues bien, esto es lo que ocurre actualmente. Sin duda que en todas las censuras de que se colman recíprocamente los partidos y las diferentes clases sociales, hay mucho de verdad, porque también aquí se aplican las palabras del Apóstol: «Pues todos pecaron, y tienen necesidad de la gloria de Dios». ⁽³⁾

2. El espíritu del tiempo producido ante todo por los pensadores, los directores sociales y los escritores.

—Ante todo, han pecado, y no tienen derecho á gloriarse, aquellos á quienes Dios ha confiado la más hermosa de todas las empresas, la de jefes intelectuales de su pueblo y de su época. Han recibido en herencia la más noble de todas las vocaciones, pero también la más pesada de todas las responsabilidades. Si los pensadores, los sabios, los filósofos, los historiadores, los maestros públicos, los que se sienten llamados á trabajar, á ilustrar á la humanidad, con la palabra y con la pluma, reflexionasen únicamente en la grandeza del depósito que se les ha confiado, se esforzarían más en honrar su misión. En vez de esto, se quejan constantemente de que el mundo no sepa ni apreciarlos ni honrarlos como merecen. Por ventura ¿honran á tan elevada situación los que regulan su enseñanza según el principio: «Canto las alabanzas de aquel que me da de comer?» ¿Es un hombre de honor el escritor, el maestro, que gira á todos los vientos como una veleta? ¿Merece ser colocado

(1) *Vorwärts*, 5 de Julio de 1891.

(2) Liebknecht, *Wissen ist Macht, Macht ist Wissen*, 25.

(3) Rom., III, 23.

en las avanzadas, como centinela, el que adula ó despierta todas las pasiones de la muchedumbre?

En la actualidad, sólo se oye un grito de angustia á través del mundo. «Es imposible regir la época—se dice.—El niño desprecia la palabra del maestro, el pueblo no respeta ni la ley ni la autoridad, una libertad ilusoria impulsa á la juventud á la insubordinación, cada año se hace más difícil, aun en los cuarteles, someter los nuevos reclutas á la obediencia militar y al reglamento». Pero sería un milagro que sucediese de otro modo. El impulso se da desde lo alto de las cátedras de nuestras escuelas superiores, y por los héroes de nuestra literatura; y todo el que ambiciona la gloria de ser considerado como una grandeza intelectual, se hace eco de estos últimos, y procura superarlos allí donde es posible. La prensa grande y la pequeña se dedican á popularizar diariamente las enseñanzas de los que dan el tono. Finalmente, el ejército de maestros públicos, entre los cuales hay muchos que se consideran á la misma altura que los profesores de Universidad, destilan gota á gota estas ideas en la inteligencia de los pequeños. ¿Cómo es posible, en estas circunstancias, que las cosas marchen de otro modo? Cuando se lee la Biblia y el catecismo con la sonrisa en los labios, ¿es posible leer el libro de la ley de rodillas, entre dos candelas encendidas? Si sólo pasa por sabio el que, armado del agua fuerte de la crítica,—como es sabido, el más barato de todos los líquidos—descompone todo lo que cae en sus manos: la palabra de Dios, su misericordia y su justicia, las acciones y la santidad del Maestro, la Providencia, el gobierno del mundo; si el hombre desprovisto de fortuna no tiene otro medio para formarse una reputación que elevarse, como se suele decir, á la altura de esta cultura moderna, ¿cómo lamentarse de que el mundo parezca considerar, como condición primera de la instrucción, ese espíritu que nada respeta ya, que todo lo critica, que se cree superior á todo? El hombre, como lo enseña con voz unánime la sabiduría del mundo desde Kant y Fichte, no debe creer ni

obrar apoyándose en una autoridad extraña, sino que él mismo debe ser su propio legislador y el propio fundamento de sus creencias. Y cuando se le ha enseñado á no respetar la autoridad divina en los dominios sagrados de la fe y la moral, á considerar la jerarquía de la Iglesia como una usurpación de los curas, como una burla de la civilización de la época, ¿puede honrar la jerarquía burocrática como una derivación de la Omnipotencia Divina? ¿Puede descalzarse, sin pronunciar una palabra, ante la autoridad del jefe de policía ó del juez de paz de su pueblo, como en otro tiempo Moisés ante la zarza ardiendo?

No podemos abstenernos de decir que casi es dar pruebas de falta de juicio lamentarse del espíritu de la época, y no acusar á los que lo han formado. ¿Á dónde conduce todo esto? Se vitupera á los pequeños y á los débiles de espíritu, porque, medio conscientemente, y, con frecuencia, por modo completamente inconsciente, repiten lo que los llamados espíritus fuertes y grandes les han enseñado de mucho tiempo atrás. Esto es una injusticia. Ó hay que tolerar á éstos, ó pedir cuentas á aquéllos, y, lo que todavía es más importante, ponerlos en la imposibilidad de continuar esparciendo la simiente que tan malos frutos produce.

3. Responsabilidad de la prensa, de la bella literatura y del arte.—Pero lo que los sabios y los maestros exponen en un círculo relativamente restringido, propáganlos que se consagran á la literatura frívola y ligera, los literatos y los periodistas, en el mundo de las altas esferas y en las capas populares más bajas. Únense á ellos los artistas, cuya influencia en la propagación de las ideas modernas es cada día mayor, gracias á los nuevos medios de producción y al número considerable de sabios y de ignorantes que beben toda su instrucción en grabados menos penosos de seguir que la lectura de una novela. El que quiera conocer exactamente las ideas de una época, y saber de qué manera han penetrado en el pueblo, y cómo han encontrado tan gran expansión, debe seguir de cerca estas produc-

ciones intelectuales, pues, por poca atención que les preste, no tardará en dejar de asombrarse de la situación moral de nuestra sociedad.

Horrorízase también uno con razón de la inmundicia que penetra en el pueblo por medio de la literatura que se vende por las calles, de los folletines, de las hojas populares y de los carteles que se pegan en las paredes. La misma literatura socialista, la cual, no obstante, juzga tan severamente la literatura liberal, toma parte también, en la medida de sus fuerzas,—lo hemos visto más arriba—en ese trabajo de cloaca. Pero esas oficinas que emponzoñan al pueblo bajo, ¿producen acaso algo diferente de las que trabajan para el llamado público escogido, según este principio: «El arte se ha libertado de las cadenas del pudor y de la moral»? ¿Es que los teatros populares representan otras piezas que las que apasionan á la sociedad escogida que frecuenta el «Teatro libre para la vida libre»? No sin razón se queja uno del desprecio que la literatura socialista hace del matrimonio; pero ¿supera ella á lo que, hace siglos, se representa sin pudor ante las cortes y la nobleza, desde las obras más apreciadas de Molière hasta las de Alejandro Dumas? ¿Superan á lo que repite hasta la saciedad ese sinnúmero de novelas que todos los manuales colocan entre las obras maestras de la literatura clásica universal? Con razón se horroriza uno de la grosería y de la violencia con que los escritores socialistas procuran hacer menos sensible la falta de verdad y de espíritu; pero, en definitiva, han aprendido este arte en las obras más elogiadas y leídas de nuestra literatura, si no en los *Bandidos* de Schiller, por lo menos en las de Ibsen y Gerhart Hauptmann. Tómelo como quiera la parte instruída de la sociedad moderna, es lo cierto que, si hay un campo en el cual no logrará jamás negar su cooperación en los males de la época, es ciertamente el de la literatura y el del arte. Uno de los más celosos propagadores de las ideas socialistas, Max Kegel, ha publicado, con destino á las altas esferas, un elegante librito titulado *Rayos poéticos*. No hay

que decir que está adornado de grabados, según el gusto de la época, sobre los cuales no podemos entrar en detalles. Pues bien, al lado de los poemas de Herwegh, de Pfau, de Prutz, de Kegel, de Heine, de Arturo Fitger, de Büchner, de Sallet, de Lenau, de Anastasio Grün, de Alfredo Meissner, de Audorf, de Freiligrath, de Titus Ulrich, de Béranger; al lado de otros poetas, sobre cuyas tendencias se fija todo el mundo, contiene dicho librito copiosos extractos de Schack, de Lingg, de Stieler, de Geibel, de Vischer, de Goethe, de Chamisso, de Gottfried Keller, de Brachvogel, de Hans Hopfen, de Scheffel, y particularmente de Bodenstedt. ¿No es evidente la solidaridad?

Que esto no vaya más lejos, que no puede ni debe ir más lejos,—dice un artículo publicado por Stern en la *Deutsche Schriftstellerzeitung*—todos estamos conformes. Y si tal ó cual no tiene valor para expresar su convicción, todos, no obstante, están convencidos de que nuestro periodismo está roído por la carcoma, enfermo, podrido hasta en sus raíces. Emplea la prensa todas sus fuerzas en hacer desaparecer hasta el último resto de la consideración en que se la tiene, y lo hace por modo cada vez más insensato. Hinchá sin cesar su saco de noticias falsas; todo lo corrompe: la opinión pública, la política y los partidos políticos, el arte, el gusto y la ciencia, todo sentimiento moral, el decoro y el derecho. Es infatigable cómplice de todas las jugadas de banca ó de bolsa, de todas las estafas, de todas las intrigas; y ejerce esta corrupción con la más increíble audacia y la desvergüenza más descocada. Sólo tiene motivos de desprecio para el que no ve en ella el más magnífico florecimiento de la civilización, el triunfo más brillante de nuestra evolución libre. Pero ¡desgraciado del que se atreva á combatirla! Este es el Anticristo, y para él no hay miramiento alguno, ni decoro ni moderación, sino que se ve anatematizado por ella, perseguido y señalado al mundo entero con el sello ignominioso de enemigo de la patria. La decadencia de la

prensa ha descendido al último grado posible; ya no puede descender más. ⁽¹⁾ Tal es el juicio formulado por esta revista, juicio que recuerda del modo más sorprendente lo que Marat decía del periodismo en tiempos de la Revolución. ⁽²⁾

4. Culpa del Estado y de los directores de la situación pública.—¿Es de todo punto verdad que el mundo entero esté de acuerdo, como se indica aquí? Esto es lo que no podemos afirmar, por desgracia, categóricamente. No parece sino que, con frecuencia, un poder superior ha maldecido á la humanidad en este punto. Los pequeños reconocen el peligro; los grandes se lo disimulan. Las personas privadas, cuya voz carece de importancia, ven el mal en toda su extensión; las que, desde las alturas que ocupan, podrían mirar hacia abajo; aquéllas en cuyas manos se encuentra la suerte de la sociedad y su propia suerte, están como atacadas de ceguera. Y si, á veces, entreven las cosas en su verdadera luz, al punto se apartan de la verdad. ¿Por ventura carecen de fuerza para mirarla de frente? ¿carecen de la fuerza intelectual suficiente para dominar los acontecimientos? ¿tienen miedo al deber que les incumbe de practicar la verdad reconocida? ¿Quién dará una respuesta exacta á todas estas preguntas?

Lo que uno puede decir sin temor, es que, con su silencio y su principio del *dejar hacer*, asume la autoridad una responsabilidad muy grande, y se hace culpable de una gran falta por su participación en los males públicos. No se dice esto para rebajar la autoridad, pues el que así habla tiene en gran estima al poder público. Cuanto mayor es su fuerza, más inexcusable es, si cierra los ojos. El Estado absoluto no es tan mojigato allí donde halla ocasión de ejercer su poder. ¿Por qué observa una moderación tan extraña, precisamente allí donde tiene una empresa difi-

(1) Stern, *Einfluss der sozialen Zustände auf alle Zweige des Kulturlebens*, 33 y sig.

(2) Richter, *Staats- und Gesellschaftsrecht der franz. Revolution*, I, 156 y siguientes.

cil y fecunda que cumplir, una empresa cuya negligencia se paga tan cara? Poco le importaba en otro tiempo ver asimilado su papel al de una nodriza ó al de un vigilante; ¿y ahora se le ocurre sentir repentinamente escrúpulos de honor y de conciencia, y consiente en limitar su acción tutelar á una actitud que consiste en esperar los acontecimientos? Pero dice el proverbio: «Siembra uno los vicios que no censura; el que no impide que el lobo mate, es enemigo de las ovejas». Si el pastor es además propietario del rebaño, es su propio enemigo.

Pero todavía le alcanza la falta de un modo mucho más inmediato. El que conoce nuestra época, fácilmente puede comprobar que el mal ha impreso un rasgo particular al carácter de la humanidad actual. No negamos que la influencia de las doctrinas y principios perversos sea grande; lo hemos dicho hace un momento, y hemos dado á los corifeos de la opinión pública la parte del león en la deplorable situación en que nos hallamos. Pero no debe uno ser injusto hasta el punto de hacerlos responsables de todo el mal existente. La sociedad siente verdadero placer en infringir las leyes, en trastornar el orden, en devastarlo todo, en turbarlo todo. Esos apasionados de la nada, como Augusto Follen llamaba un día á Ruge y á sus amigos los radicales, no persiguen objeto alguno, ni aplican ningún principio, sino que únicamente quieren mostrar su fuerza, la cual no es suficientemente grande para edificar y producir, pero sí para demoler. Son verdaderos Erostratos, que se creen grandes, porque el mundo tiembla ante ellos. Son gentes como Carlos Mohr y sus compañeros todos, cuyos esfuerzos consisten en dar pruebas de audacia ante la humanidad. El mismo Ibsen, esa naturaleza desmirriada de guerrero feroz, no se armoniza mal con este espíritu, cuando dice en nombre de nuestra generación:

«Sí, si se me ofrece ocasión de hacer algo de grande, es evidentemente una acción digna de la noche». ⁽¹⁾

En una palabra, todo el que está en disposición de co-

(1) Ibsen, *Gedichte* (Passarge) 21.

meter crímenes, los comete. El niño procura ganar sus primeras espuelas con su arrogancia contra la Iglesia y sus leyes; el criminal y el quebrado se preparan con tiempo para provocar la admiración de la época con un último crimen en el momento en que sean cogidos.

¿Cómo es posible esto? La respuesta es muy sencilla. Nuestra política, nuestra vida pública, han abierto el camino. Desde que el derecho ha sido separado de la religión y de la moral, se ha convertido en una cuestión de poder. No tiene otros límites que la fuerza. El que da pruebas de la mayor violencia, merece todos sus respetos. Un diplomático de la antigua escuela, que marche á pasos contados, pierde toda consideración. Preciso le es hoy proclamar que medita tal ó cual acto de violencia; preciso le es encaminarse, armado de punta en blanco, en pleno día, á la consecución del fin que se propone, y, tras esto, puede hacer lo que quiera. Será el héroe de la época, mientras triunfe. Cuanto con más desprecio trate todos los hilos del derecho, todos los escrúpulos de conciencia de las almas débiles y de los espíritus estrechos, más también se igualará su gloria á la de los grandes hombres. Los Estados no proceden de otro modo, salvo que lo hacen en grande. Nos asombramos de la estupidez turca con que nuestra época se doblega ante el absolutismo, pero, con sus expropiaciones brutales, sus anexiones y sus secularizaciones, el Estado moderno ha inspirado una estupefacción tal á los espíritus, que ninguno de los que gimen ó se irritan de la presión que ejerce, dejará de doblegarse dócilmente, lleno de admiración, ante la violencia ejercida por él. El Estado no puede hacer otra cosa que continuar por este camino, pues si hoy entráse en la política de paz y de nivelación jurídica, se daría buena cuenta de su consideración, y, por consiguiente, de su existencia. Ante todo, le es preciso tener constantemente un pie, si no sobre la nuca de la Iglesia, por lo menos sobre sus plantas. Por lo contrario, debe mostrarse complaciente con los demás Estados que hacen temblar al mundo. El que posee mayor número de